

Narrativa regenerativa: cómo diseñar para la cohabitación multiespecies, desde un enfoque de diseño regenerativo

Lorna Lares Lopez ⁽¹⁾

Resumen: El diseño es ontológico porque cada objeto, herramienta, servicio o, incluso, narrativa en los que está involucrado, crea formas particulares de ser, saber y hacer (Escobar, 2017). En este artículo se reflexiona, y poner en tensión, la necesidad de repensar lo humano como una entre otras “especies compañeras” (Haraway, 2007) y la regeneración de la vida. Desde las miradas del ecofeminismo (Federeci, 2017) y del feminismo ecoterritorial (Ulloa, 2016) se asumen otras formas de cuidados y ensamblajes en la co-producción de la vida, como también lo ha desarrollado ampliamente Bruno Latour (1996) en su teoría del actor-red. Así, lo humano no juega un rol central, en su lugar se propone maneras de reflexionar y estudiar las relaciones que se producen en el “entramado comunitario” (Gutiérrez, 2013). Abandonar el concepto de “Naturaleza” (Morton (2007), Latour (1993; 2005), Swyngedouw (2006) y asumir las condiciones socio-ecológicas como ensamblajes relacionales configurados en red, que producen y sostienen la vida y las prácticas cotidianas en el territorio (Ulloa, 2016; Federici, 2017), supone una “socialidad más que humana”, que no distingue entre humanos y no humanos (Tsing, 2023). Desde el desarrollo regenerativo, se considera a los seres humanos, las estructuras sociales y las preocupaciones culturales como parte inherente de los ecosistemas. Entendiendo que la diversidad y singularidad de cada lugar (social, cultural y ambiental) es crucial para el diseño, y que el proceso de diseño es continuo, indefinido, participativo [y cooperativo] (Girardet, 2014). De esta manera, la metodología de diseño regenerativo, que se centra en el desarrollo de asentamientos humanos que se asocien con los sistemas y los procesos para regenerar activamente la salud del lugar en su totalidad y el espíritu de las personas que lo habitan, es un enfoque que permitiría especular sobre modelos de cohabitar socio-ecológico equilibrado.

Palabras clave: Diseño Regenerativo - Sustentabilidad - Naturaleza - Cohabitación multiespecies - Entramado comunitario - Noción de Uso - Prácticas de Co-Creación

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 98-99]

⁽¹⁾ **Lorna Lares Lopez** es Diseñadora industrial Universidad de Chile. Master of Art in Desing Futures, Goldsmiths–University of London. Doctorante en Territorio, Espacio y Sociedad, Facultad de Arquitectura y Urbanismo-Universidad de Chile. Estudios en Letras, Universidad Central de Venezuela. Diploma en Fundamentos de Biología-Cultural. Diploma en Educación Superior por Competencias. Académica del Departamento de Diseño y Directora de Asuntos estudiantiles de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo

UChile. Miembro fundador, Presidenta (2018-2021) y actual Vicepresidenta (2022-2025) del Comité por la Sustentabilidad de la Universidad de Chile. Directora del Laboratorio de Circularidad FAU. Miembro de la Red de Educación en Derechos Humanos UChile. Investigadora asociada a la Red de Pobreza Energética (RedPE), al Programa Transdisciplinario Energía, Agua y Sustentabilidad UChile (Eneas). Socia de la Asociación Latinoamericana de Estudios de la Forma (ALEPH) y miembro activo de la Red de Investigadores de Diseño, Universidad de Palermo. Línea de Investigación diseño regenerativo y territorio, sustentabilidad y economía circular. lolares@uchilefau.cl

“Hemos incendiado nuestra casa común y para avanzar debemos primero apagar las llamas. Pero esto es sólo un primer paso. Afortunadamente, estos cambios llevan tiempo produciéndose en silencio, no en los focos de los medios de comunicación, sino en millones de hogares, barrios, comunidades y proyectos de base de todo el mundo en los que la gente... están rediseñando su forma de trabajar y vivir” (Mang y Haggard, 2016)

Diseño para la Cohabitación Multiespecies

Este artículo se enmarca en la teoría del desarrollo regenerativo (Wahl, 2016; Mang y Reed, 2012; Lyle, 1994), que considera a los seres humanos, el desarrollo humano, las estructuras sociales y las preocupaciones culturales como parte inherente de los ecosistemas. El enfoque de Diseño Regenerativo (DR) postula diseñar para la evolución. En consecuencia, se ocupa la metodología DR –que se centra en la cooperación de los ecosistemas y cuyo propósito común es el beneficio mutuo– para analizar el concepto de uso, desde distintas nociones y experiencias en el “entramado comunitario”. Además, la metodología proyectual regenerativa resulta favorable para interrogarse sobre cómo reconstruir el vínculo humano con lo no humano. Desde esta perspectiva, existe evidencia de que existen soluciones eficaces entre el vínculo humano-no humano y de la relación ser-con para un futuro común, desde la teoría general de sistemas y cibernética, teoría y pensamiento de sistemas vivos, y psicología del desarrollo; desde lo rural incluyendo la geohidrología, permacultura y agricultura regenerativa; desde lo urbano: la ecología del paisaje (Félix y Velázquez, 2022), arquitectura del paisaje y la arquitectura (Mang y Reed, 2017). Sin embargo, hasta ahora, no existe evidencia de análisis desde los espacios comunes recuperados en zonas urbanas, a partir del pensamiento proyectual de Diseño Regenerativo.

El enfoque de diseño regenerativo, en América Latina se ha desarrollado con mayor énfasis en zonas rurales y principalmente en los ámbitos de la agricultura y la ganadería. Siendo de interés, desde la disciplina del diseño, como actividad proyectual y disciplina llamada a crear formas particulares de ser, saber y hacer el territorio, poner a prueba la metodología de diseño regenerativo en zonas urbanas, en particular en espacios comunes

recuperados. Asumiendo estos espacios como otras formas de ser y comprender el ámbito de lo público y donde lo común, tal como lo define Dardot y Laval, “debe ser pensado como una coactividad, no como una copertenencia, copropiedad o coposesión” (2015: 37). Siguiendo al sociólogo e investigador en diseño multiespecies Martín Tironi, los espacios urbanos funcionan y están organizados de manera distinta, desde una matriz moderna de planificación, híper jerarquizada y rígida, que tiende a sobredeterminar y planificar los usos y espacios, en lugar de propiciar formas de regeneración y autoorganización. Este modelo tiene muchas dificultades para atender fenómenos cada vez más disruptivos y emergentes (Riquelme, 2022). Desde este marco, se asume lo planteado por Stavros Stavrides (2022), cuando señala que:

“hoy, en muchos lugares del Sur Global y en América Latina en particular, una reinención del espacio público que excede (si es que no se opone externamente) al modo dominante de comprender “el ámbito de lo público” está teniendo lugar. Esta reinención está conectada a dos áreas principales de un proceso sociopolítico en desarrollo: la reinención de la comunidad y la reinención de la colaboración (ambas como marco de un sistema de generación de valor y como conjunto de relaciones sociales actuadas). En las bases mismas de este proceso parece estar la reemergencia de lo común como conjunto de prácticas sociales que se distinguen de aquello que ha de considerarse como lo público”.

La selección de casos de estudios, como horizonte provisorio, desde donde observa las prácticas cotidianas, desplegadas en los distintos proyectos definidos como regenerativos en Chile, deben contemplar como pilar fundamental practicas cotidianas donde se materializan acciones colectivas que producen y/o reproducen condiciones para la vida, y donde se establezcan organizaciones del territorio de manera compartida entre iguales, a distintas escalas y articulaciones con posibilidad de expansión y/o reproducción de estas organizaciones en otros espacios. Lo anterior, expresado fuera del ámbito de la regulación pública y del mercado, donde las nociones de uso se diseñan a partir de la interacción y participación horizontal de quienes conforman el entramado comunitario.

Estos fundamentos permiten hacer una nueva lectura sobre el territorio, incorporando la capacidad para identificar y comprender la lógica de los espacios comunes recuperados como principio de organización socio-natural y el impacto de las prácticas de co-creación en la evolución del ecosistema. Sin dejar de lado lo comunitario, cuando se hace referencia a la propiedad colectiva de los recursos combinada con la gestión y utilización privada. El espacio común recuperado urbano se asume también como un espacio co-producido a partir de la reciprocidad, la corresponsabilidad, la cooperación y el beneficio mutuo de la comunidad. Asimismo, como criterios generales, debe estar conformado por una comunidad etaria heterogénea y diversa en términos sexo-genérica, con presencia de entidades de naturaleza diversa y, en lo posible, en relación de paridad (artefactos, objetos, dispositivos u otros elementos construidos; agentes del reino animal, vegetal, entre otros).

Con ello, y siguiendo el enfoque de diseño regenerativo, se intenta descentrar al ser humano de las prácticas del diseño y agenciar alternativas de cohabitar socio-ecológico equilibrado para poner a prueba un nuevo enfoque que supere los enfoques de diseño [como

disciplina proyectual y creador de mundos] que operan bajo un modelo antropocéntrico y extractivista, vinculado al *Capitaloceno* (Moore, 2016) y caracterizado por una relación entre modernidad y colonialismo (Escobar, 2016; 2018).

El impacto de la actividad humana sobre el planeta ha dado cuenta que las formas de vida dominantes no son sostenibles, tensionando así las relaciones de la sociedad y las distintas formas de habitar el territorio. El discurso del desarrollo sostenible y la sostenibilidad, entendido como una serie de dispositivos técnico-directivos, que aseguran la “civilización” tal y como la conocemos, evita que el orden socio-ecológico existente tenga que cambiar radicalmente (Swyngedouw, 2011). En este contexto, los enfoques de diseño “sustentables” de las últimas décadas han priorizado el uso –como sinónimo de consumo, y al ser humano (usuario, consumidor, cliente, comprador, beneficiario y personas) como centro de todo el proceso proyectual y del diseño de productos y servicios, desatendiendo relaciones más amplias entre humanos, no humanos y ecosistemas, como agentes relevantes del entramado comunitario (Gutiérrez, 2012: 24).

El Diseño no es ajeno ni a este modelo de producción y consumo, ni en los consecuentes impactos que dieron paso a la actual crisis ambiental y civilizatoria. El diseño, desde la Revolución Industrial (la silla Thonet-1851, como ejemplo de transformación económica, social y tecnológica: artesanía a producción en serie), ha estado centrado en resolver necesidades de los usuarios, consumidores y/o clientes a través de la creación de productos y servicios incrustado en las estructuras de imposición colonial, al servicio de un modelo que incentiva el sobreconsumo, al servicio del colonialismo y con una fuerte base epistemológica eurocéntrica, caracterizada por una relación indivisible entre modernidad y colonialismo. Desde este enfoque, las escalas y sujetos del diseño quedan confinados al “club de humanos”, privilegiando sus intereses y expandiendo una lógica gerencial al resto de los seres y ecosistemas del planeta (Tironi, 2024: 281). En las últimas cinco décadas, la escala de lo diseñado se ha desplazado del diseño de objetos al diseño de nuevos modelos de negocios y al diseño de ciudades. El diseño se ha convertido en una herramienta para incentivar el consumo, pasando de diseñar para un usuario acotado a diseñar para una red de personas conectadas que se extiende por todo el planeta (Brown, 2009), con el poder de definir la morfología y función de las ciudades, los territorios y los espacios habitables y habitados, en el que todas las situaciones y circunstancias son traducidas para fines humanos, a pesar del creciente discurso de la sustentabilidad.

Autores como Swyngedouw (2011) sostienen que la sostenibilidad se presenta como un concepto amplio, ambiguo y consensuado que promete -y legítima- soluciones técnicas y gerenciales sin abordar los conflictos políticos, económicos y sociales subyacentes, que nos ha llevado a la actual crisis ambiental y civilizatoria. El autor destaca que la sostenibilidad tiene un *significado vacío* dado que se adapta a múltiples interpretaciones, pero evita cuestionar profundamente las causas del deterioro ambiental y las estructuras socioeconómicas subyacentes como el capitalismo.

Así pasar de la sostenibilidad a un nuevo enfoque, que regenere las actuales relaciones socio-ecológicas, necesita una verdadera reinención de las estructuras colectivas que dan forma a nuestras vidas y que definen nuestra humanidad (Escobar, 2016), en consecuencia, las condiciones adecuadas para que todo tipo de vida florezca y prospere en equilibrio. El Diseño Regenerativo (DR), como paradigma más allá del concepto de sustentabilidad,

propone reorientar el diseño hacia una relación más inclusiva y transformadora, basada en principios de cooperación y beneficio mutuo dentro de los ecosistemas (Mang y Reed, 2017). El DR aborda el concepto de “uso” como mediador de transformaciones y replantea las ontologías del diseño hacia un modelo centrado en la co-creación horizontal (Cantera, 2017), donde el tiempo y la impredecibilidad son claves. El medioambiente construido ha desvinculado lo humano de lo no humano, como es el caso de las ciudades, haciendo que no sean resilientes a las propias características del lugar, y el cambio climático lo acentúa. En este contexto, la metodología se centra en el desarrollo de asentamientos humanos que se asocien con los sistemas y procesos naturales para regenerar activamente la salud del lugar en su totalidad y el espíritu de las personas que lo habitan. Explorar las nociones de uso no instrumentales como interpretación, anticipación y apropiación (Redström, 2008) en las prácticas de cotidianas, destacando su capacidad para organizar mundos y sus relaciones con el entramado comunitario, es fundamental en el análisis de proyectos regenerativos implementados en Chile, de manera que nos permita comprobar y/o fortalecer el concepto de uso más allá de la idea de consumo.

El concepto de diseño regenerativo es relativamente nuevo en el campo disciplinar del diseño, y surge de la necesidad de transitar de una cosmovisión ‘mecanicista’ a una ‘ecológica’ o de sistemas vivos, para que la tierra siga siendo apta para ser habitada por los seres humanos (Mang y Reed, 2012). Entendiéndose, además, como una metodología de diseño que crea las condiciones adecuadas para que todo tipo de vida florezca y prospere, basada en el comportamiento de los sistemas vivos. El paradigma regenerativo afirma que el desarrollo puede y debe contribuir a la capacidad de todos los sistemas naturales, culturales y económicos que afecta un lugar, para crecer y evolucionar la salud y viabilidad continua. Como movimiento, atrae a organizaciones e individuos de todos los sectores y partes del mundo en una llamada a la acción, volver a sentir y decir somos seres biológicos, somos parte del entramado que conforma el ecosistema biosfera. El Diseño Regenerativo, como metodología permite identificar las potencialidades transformacionales del uso que contribuyan al bienestar socioambiental y que favorece las condiciones para un cohabitar socio-ecológico equilibrado. Para ello, los insumos conceptuales fundamentales provienen del diseño ontológico (Escobar, 2016), que posibilita la transformación y superar la idea de un diseño centrado sólo en lo humano. Desde esta metodología proyectual es posible analizar las relaciones del “entramado comunitario” a partir de los flujos cíclicos en fuentes, centros de consumo y sumideros del ecosistema. Estableciendo, modelos y técnicas para comprender los flujos de recursos y energía auto-renovables para la evolución del ecosistema o del tercer tipo de orden socio-espacial: espacios comunes, que surgen a partir de prácticas y relaciones de colaboración [y cooperación] que desbordan los límites institucionales, en donde grupos de habitantes se comprometen a una misma tarea produciendo reglas y acuerdos específicos que regulan dicha producción” (Langue y Amigo, 2021). Repensar lo humano como una entre otras “especies compañeras” se hace necesario desde las miradas del ecofeminismo (Federeci, 2017) y del feminismo ecoterritorial (Ulloa, 2016), pues nos permite mirar otras formas de ensamblaje en la co-producción de la vida, así como lo ha desarrollado en profundidad por Haraway (2007) y Latour (1996). Ambos plantean que lo humano no juega un rol central, proponiendo maneras de reflexionar y estudiar las relaciones y tramas sociales [o comunitarias, para cruzar con el concepto

de Gutiérrez]. Asimismo, Silvia Federici (2017), desde la perspectiva del ecofeminismo (entendido como horizonte de transformación social) plantea que el cuerpo humano ha evolucionado con otros, en constante interacción con el mundo de la naturaleza y de los animales que nos circundan [actores más que humanos que forman parte del entramado comunitario] y que, con la llegada del capitalismo, se dio un empobrecimiento porque este nos aisló, nos separó de los otros.

Asimismo, analizar el espacio común como aquel que es producido y mantenido a través del involucramiento directo de quienes lo usan, (Stavrídes, 2016), diferenciándolo de espacio comunal o comunitario (en algunas situaciones contenidos en estos espacios), siguiendo lo planteado por Stavrídes (2022) cuando señala que el espacio común crece en el fértil terreno del compartir entre iguales que diseñan normas de uso a través de su participación en formas horizontales de toma de decisiones. Estos fundamentos permiten hacer una nueva lectura sobre el territorio, incorporando la capacidad para identificar y comprender la lógica comunal como principio de organización socio-natural y el impacto de las prácticas de co-creación en la evolución del ecosistema. Sin dejar de lado lo comunitario, cuando se hace referencia a la propiedad colectiva de los recursos combinada con la gestión y utilización privadas. Lo anterior, asume las condiciones socio-ecológicas que abandonan el concepto de “Naturaleza” (ver Morton (2007), Latour (1993; 2005), Swyn-gedouw (2006)) y en su lugar se propone considerar los entramados comunitarios como ensamblajes relacionales configurados en red, que producen y sostienen la vida y las prácticas cotidianas en el territorio (Ulloa, 2016; Federici, 2017). Donde lo humano es una de entre otras “especies compañeras” (Haraway, 2007) y la *socialidad* más que humana no distingue entre humanos y no humanos (Tsing, 2023).

Diseño como expresión de la intención y como mediador de la experiencia de uso

Frente al contexto actual de crisis civilizatoria, se plantea una comprensión renovada de nuestras ontologías (Escobar, 2016), que posibilite la transformación y superar la idea de un diseño centrado solo en lo humano, el que podría emerger desde una continua visión consensual de lo que está pasando, lo que no podría lograrse unilateralmente (Wood, 2007), y desde una manera de diseñar basada en el diseño de relaciones entre lo humano, no humano y más-que-humano. En este sentido, es relevante destacar que, en el trabajo de la investigadora Ana Laura Cantera (2015), lo que opera como instancia de intermediación es la naturaleza. Es decir, lo no humano es la interfaz. Asimismo, la autora asume el concepto de co-creación como *“proceso centrado en la horizontalidad, en el que la impredecibilidad de la obra destierra toda alternativa de control por parte del sujeto creador, haciendo que la dinámica repose fuertemente en el factor tiempo como variable de cambio y transformación”* (Cantera, 2015. en Yeregui, 2017). Para esta perspectiva, se asume la fenomenología de la utilidad como aquella que se ocuparía de cómo el uso implica una forma de organizar mundos, así como a nosotros mismos. En este sentido, parte desde la noción que ya estamos “en uso” antes de seleccionar objetos; habitar un mundo es estar habitado

por el uso (Ahmed, 2020). Por otro lado, tal como lo plantea Johan Redström (2008), no existe solo una sola concepción del concepto de uso. Las nociones de uso no están necesariamente ligadas a aspectos meramente instrumentales. Más allá de una definición específica, existen nociones de uso como la de interpretación –que se refiere a lo que hacemos cuando el uso adquiere otra función distinta a la que fue prevista–, de anticipación –cuando se trata del uso a través del diseño–, de apropiación –cuando se trata de la definición de uso a través del uso– (Redström, 2008).

Los espacios comunes recuperados, no han sido analizados desde el enfoque de Diseño Regenerativo, en el contexto urbano chileno, convirtiéndose en una oportunidad para observar y aprender de las prácticas de co-creación (ser-con, vivir-con, diseñar-con), a partir de la comprensión de las nociones de uso en las practicas cotidianas. Entendiendo co-creación como un proceso centrado en la horizontalidad, en el que la impredecibilidad de la cooperación y el apoyo mutuo excluye alternativas de control y asimetría por parte de los actores, haciendo que la dinámica repose fuertemente en el factor uso como variable de cambio y transformación. Reconociendo así, prácticas de co-creación donde se despliegan distintas nociones de uso al interior de comunidades asumidas como ecosistemas, o lo que Gutiérrez (2013) define como *entramado comunitario*. Asimismo, entramado entendido como una heterogénea multiplicidad de mundos, de vida que pueblan y generan el mundo bajo pautas diversas de respeto, colaboración, dignidad y reciprocidad no exentas de tensión y acosadas, sistemáticamente, por el capital. Al mismo tiempo permite designar ciertos saberes y capacidades de carácter colectivo, la centralidad de aspectos inmediatos de la reproducción social –tramas que generan mundo– así como algunos rasgos que tienen las relaciones –que tienden a ser de cooperación no exenta de tensión– entre quienes son actores de tales entramados (Gutiérrez, 2012: 24).

Del mismo modo Morton (2010) nos presenta *the mesh* (la malla), una forma ecológica de pensar las relaciones humanas y más que humanas, donde nada existe por sí mismo y donde todos los seres están conectados. El autor cuestiona la oposición entre el ser humano y la naturaleza, y hace un llamado a desprendernos de los enquistados términos antropocentristas en los que ha quedado atrapado el pensamiento occidental (el ser humano no ocupa un lugar especial en el mundo). A partir de estas aproximaciones, respecto de la concepción de lo humano y no humano, de lo individual y lo colectivo, es fundamental una forma de diseño más consensual y relacionar, sumando a la idea que estos contextos son las únicas experiencias que encarnan la búsqueda de autonomía y en consecuencia manifiestan la convicción inquebrantable de que otro mundo es realmente posible. Partiendo de la premisa que el diseño por comunidades tiene lugar bajo condiciones de ocupación ontológica de los territorios y los mundos-vida de estas. Es así que los espacios comunes recuperados se constituyen como contexto de estudio donde las nociones de uso, tanto de espacio y objetos, están incrustados en *la malla* como mediadores en la relación humano-no humano.

De lo común a lo comunal, ¿o comunitario?

Luz Horne (2023), en el libro *Futuros Multiespecies*, refiere lo planteado por Michel Serres (2004), quien situaba el origen de la crisis ambiental y ecológica en nuestro modo de relacionarnos con el mundo y sugiere una reformulación de este vínculo a través de un nuevo “contrato natural”. Asimismo, señala que el correlato de la filosofía moderna y la separación entre naturaleza y cultura es una relación con el mundo basada en el instrumentalismo, la propiedad y la guerra; una relación en la que la agencia humana se sobreanima y el mundo material –junto a él la larga lista de aquellos que son considerados como no humanos– se desanima. Para el filósofo inglés, Timothy Morton, la naturaleza es algo inmanente al espacio urbanizado, a las ciudades existentes y a la forma en que gestionamos nuestras relaciones, tanto entre nosotros mismos como con lo no humano (Morton, 2016). En este sentido, la crisis que vivimos nos habla de la insuficiencia de la epistemología moderna occidental para entender el vínculo de lo humano con lo no humano, y lo más-que humano. Es así como en muchas sociedades no-occidentales o no modernas, no existe la división entre naturaleza y cultura como la conocemos hoy en día y, mucho menos, entre individuo y comunidad –de hecho, no existe el “individuo” sino personas en continua relación con todo el mundo humano y no-humano, a lo largo de los tiempos–. Es importante, por esto, empezar a pensar seriamente en cómo reconstituimos la relacionalidad y la comunalidad en ambientes urbanos y en los espacios más marcados por la modernidad (Escobar, 2014). Arturo Escobar (2017), plantea que hay un tipo particular de relaciones entre los humanos, los no humanos y los mundos sobrenaturales o espirituales son esenciales para las ontologías relacionales. En consecuencia, los elementos cruciales para mantener un modo relacional de existencia incluyen tipos de relaciones entre las personas, relaciones con la Tierra y con el mundo sobrenatural, formas de producción, conocimientos y prácticas de crianza de plantas y animales, prácticas curativas, etcétera, que no asumen la preexistencia de entidades separadas y distintas. Muchos grupos de jóvenes en espacios urbanos parecieran estar en estas búsquedas a través del arte, la música y las formas de reconectarse con los alimentos, el campo, la espiritualidad, etc. En la medida en que estas fisuras en el entramado individuo-mercado-ciencia se hagan más palpables en los momentos más álgidos de las crisis ambiental y social, en esa medida se podrán percibir las formas relacionales; tanto aquellas que siempre han estado allí, como testimonio de la tenacidad de la vida, como aquellas que emergen de las complejas coyunturas ontológico-políticas y económico-tecnológicas del presente [en todo el mundo humano y no-humano] (Escobar, 2014). Cuando hablamos de la comunalidad, emerge lo común. *En Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI* (2015), el filósofo Pierre Dardot y el sociólogo Christian Laval definen el principio de lo común como una actividad experimental e instituyente de autogobierno, profundamente democrática, capaz de crear dinámicas sociales, políticas y económicas opuestas a la racionalidad neoliberal. Los autores, sintetizan en tres postulados toda su argumentación: 1) Lo común es un principio político que motiva la construcción y resguardo de esferas comunes de las que depende la vida. 2) El núcleo de lo común es un derecho de inapropiabilidad que debe instituirse en oposición al derecho absoluto de propiedad. 3) El autogobierno es un modo de construcción y gestión de lo común a través de prácticas sociales de comunidades comprometidas en la defensa de los comunes (Marín,

2018). Por otro lado, respecto de los espacios urbanos, aquellos aspectos comunes, cotidianos y masivos muchas veces despreciados e invisibilizados, tienen gran importancia para la comprensión de los territorios, relevando un tercer tipo de orden socio-espacial: los “espacios comunes”. “Entendidos como espacios producidos a partir de la reciprocidad, la corresponsabilidad, y el beneficio mutuo. Los espacios comunes surgen a partir de prácticas y relaciones de colaboración que desbordan los límites institucionales, en donde grupos de habitantes se comprometen a una misma tarea produciendo reglas y acuerdos específicos que regulan dicha producción” (Langue y Amigo, 2021)

Lo común es también un llamado a replantearnos como comunidad global, otra alternativa de vida de cara a las nefastas consecuencias producidas por el neoliberalismo en todas las esferas y ámbitos de nuestra cotidianidad. El término significa no solo lo que es puesto en común, sino también, la obligación de reciprocidad ligada al ejercicio de las responsabilidades públicas. Así, vivir en común, poner en común palabras y pensamientos, es producir mediante la deliberación y la legislación, costumbres semejantes y reglas de vida que se aplican a todos aquellos que persiguen un mismo fin. Los autores afirman que solo la actividad práctica puede hacer que las cosas se vuelvan comunes, del mismo modo que solo esta actividad práctica puede producir un nuevo sujeto colectivo, lejos de que tal sujeto pueda preexistir a dicha actividad como titular de derechos (Laval y Dardot, 2015). Stavrides (2022: 39) plantea que:

“El espacio público tiene la posibilidad de transformarse en espacio común si las reglas de su gobernanza son cuestionadas por quienes se lo apropian no solo para controlarlo sino para abrirlo al uso común...esta posibilidad está vinculada con la reinención de la colaboración. Pero como conjunto de prácticas, también está basado en la creación de comunidades temporales de comunalización que instituyen sus propias reglas de apropiación del espacio a través de sus acciones. En algunos casos, esto puede ser descrito como una forma de agencia colectiva que “libera” el espacio público creando a la vez sujetos colectivos de comunalización del espacio”.

Por otro lado, Arturo Escobar (2014), en su libro “Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia” emplea el concepto de comunal o comunitario cuando hace referencia a la propiedad colectiva de los recursos combinada con la gestión y utilización privadas. Es decir, el poder no está en manos del individuo ni de un grupo específico, sino de la colectividad. En este contexto, cohabitan una multiplicidad de mundos de la vida humana que pueblan y generan el mundo bajo pautas diversas de respeto, colaboración, dignidad, cariño y reciprocidad, no plenamente sujetos a las lógicas de la acumulación del capital, aunque agredidos y muchas veces agobiados por ellas (Gutiérrez, R. 2012). En consecuencia, se trata de una reorganización de la sociedad “desde los tejidos propios de la gente [...] un tejido social vigoroso que se define por la comunalidad, una forma de ser en que la condición comunal, el nosotros, forma la primera capa del sentido de la existencia propia” (Esteve, 2012).

Raquel Gutiérrez Aguilar, socióloga, especializada en transformación social, se refiere a esta multiplicidad de mundos que cohabitan en una comunidad como “entramado comuni-

tario” para abarcar los lazos estables o más o menos permanentes que se construyen y se reconstruyen a lo largo del curso de cada vida concreta, entre hombres y mujeres específicos, que no están plenamente sujetos ni sumergidos en las lógicas de acumulación de valor, para encarar la satisfacción de múltiples y variadas necesidades comunes de muy distinto tipo, en la que se expresa el trabajo vivo, el trabajo útil para la producción mediante la cual se despliega la energía humana creadora, no subsumida realmente o no plenamente ceñida a los designios y formatos de la valorización del valor y reproducción de la vida humana. Estos entramados pueden darse en diversos formatos y escalas, desde comunidades, familias extendidas y redes de vecinos, hasta en grupos de afinidad y apoyo mutuo para fines específicos, en ámbitos urbanos o rurales (Gutiérrez, 2012). Estos entramados también pueden ser definidos como una red de relaciones entre los actores dinámicos que conforman una comunidad. En complemento, la antropóloga Anna Tsing, en su libro *Ensamblajes Multiespecies en el Antropoceno* (2023) plantea que el concepto de socialidad no distingue entre humanos y no humanos. La “socialidad más que humana” incluye a ambos. Ahora que estamos comenzando a imaginar una humanidad medioambientalmente implicada en la que otras formas de vida están por doquier, ocupadas en dar forma a todo, necesitamos saber que socialidades más que humanas se están produciendo [en los entramados comunitarios], con o a pesar de las intenciones humanas claramente formuladas (Tsing, 2023).

Repensar lo humano como una entre otras “especies compañeras” lo ha desarrollado bastante Dona Haraway en *When Species Meet* (2007) y Bruno Latour en su teoría del actor-red (1996). Ambos plantean que lo humano no juega un rol central, proponiendo maneras de reflexionar y estudiar las relaciones y tramas sociales [o comunitarias, para cruzar con el concepto de Gutiérrez]. Asimismo, Silvia Federici, desde la perspectiva del ecofeminismo (entendido como horizonte de transformación social) plantea que el cuerpo humano ha evolucionado con otros, en constante interacción con el mundo de la naturaleza y de los animales que nos circundan [actores más que humanos que forman parte del entramado comunitario] y con la llegada del capitalismo, se dio un empobrecimiento porque este nos aisló, nos separó (2017).

Retomando la idea de comunidad, el pensador Esteva (2012), señala que para “los modernos” esto implica replantearnos de manera profunda la forma en que hemos sido construidos como individuos consumistas y competitivos, a medida que “el ámbito de la comunidad empiece a constituir la célula de la nueva sociedad”, vinculando a la visión de lo comunal que propone el Colectivo Situaciones argentino (2009), donde lo comunal implica comunidad en movimiento, más que una entidad preconstituida. La comunidad, plantean, “es el nombre dado a un código organizativo y político específico, a una tecnología social singular [...] en contra del sentido común, la comunidad produce dispersión” y esta dispersión, y la construcción de una nueva célula social desde la comunidad, puede tornarse esencial para la invención de modalidades amplificadas y no-capitalistas de colaboración y cooperación. Escobar (2014), destaca, de estas dos concepciones, la capacidad para diferenciar la lógica estado de la lógica comunal como principio de organización socio-natural. Razón por la que esta investigación pone foco en el análisis de espacios comunes urbanos recuperados, donde lo común podría ser comprendido como un conjunto de prácticas y de valores dirigidos a defender los intereses de la comunidad, de cara a la

agresión constante de las clases dominantes, reconociendo la cooperación, la solidaridad, el intercambio, el respeto del otro, el respeto del entorno y de la biodiversidad como valores fundamentales de lo común, en el entramado comunitario.

Potencialidades transformacionales del uso

El uso puede ser una forma de estar en contacto con las cosas. El uso nos da una idea de las cosas, de cómo son, que aspecto tienen, utilidad y hasta aprendemos de experiencias pasadas sobre que usar para qué. Sara Ahmed (2020), en su libro *¿Para qué sirve? Sobre los usos del uso*, refiere que el uso a menudo se enmarca dentro de la filosofía como dejar de ver las cosas: “la materia se puede usar de tal manera que se desvanecen en sus usos”. El uso también puede revelarnos cosas; el uso incluso puede suponer aumentar nuestra conciencia de las cosas.

Por otro lado, Sharry Turkle (2007) sugiere que pensar en un objeto evocador podría alejarnos de nuestra forma habitual de relacionarnos con las cosas “como útiles o estéticas, como necesidades o como vanos caprichos”. De esta forma, si entendemos la utilidad como evocadora, entonces el uso se establece como forma de manejar las cosas o el uso como forma de mezclarnos con las cosas. Una mezcla puede ser transformadora. Cuando estamos usando algo, se está transformando. Si asumimos esta concepción del uso, más allá del uso como consumo (tal como se entiende en la relación necesidad-producto-servicio) o como gastar, se abre la posibilidad de aprender sobre los objetos a partir de los mismos objetos, de los objetos que están cerca y de sus relaciones con otros actores que participan de la red de relaciones, de tiempo, de la escala, de las formas, de las materialidades y de las identidades. El uso hace que las cosas existan a través de la modificación gradual de la forma, por tanto, la forma es transformación.

Muchas veces se confunde el uso con la utilidad. Marx, en su libro *el Capital*, asegura que es evidente que, con su actividad, el hombre cambia las formas de los materiales de la naturaleza de tal manera que los hace útiles para él. Todo lo útil, por ejemplo, el hierro, el papel, etc., puede considerarse desde dos puntos de vista: de calidad y cantidad. Pero cada cosa tiene muchas cualidades que la distinguen. El uso es una de ellas. Si la utilidad de una cosa le da el valor de uso, entonces el valor no se origina simplemente en esa cosa. Tan es así que algunas cosas tienen utilidad sin valor de uso, están provistas de utilidad por naturaleza, sin estar mediadas por el trabajo. En tal sentido, quizás cuando usamos algo de manera que no está prevista, estamos permitiendo que las cualidades de los objetos adquieran una expresión más libre que para lo que fueron diseñadas. Fijarse en el uso nos permite analizar la naturaleza orientada de los espacios, incluyendo los espacios comunes recuperados. Objetos que nos rodean, que se convierten en rasgos familiares de un paisaje, podrían estar allí por aquello para lo que son. Pero ¿cómo sabemos que las cosas están en uso? En el espacio público, puede parecer que cualquiera puede usar algo, es así que el uso, entendido como lo que está libre de restricciones para la gente que transita, podría llamarse uso común. Así el uso, puede ser útil, simbólico, práctico, funcional, estético, histórico, material y común. Incluso podemos decir que una cosa está fuera de uso, en relación si cumple o

no su función práctica, pero se mantiene en uso producto de su función simbólica, un ejemplo de ello es el buzón rojo de correo británico. Como lo ejemplifica Ahmed (2020), cuando plantea que el uso es una forma de mostrar cómo lo que es necesario es contingente. Así, el uso es cómo un organismo que recibe un mensaje del entorno sobre lo que necesita, y también como un organismo que se ve dirigido a actuar de manera particular. Estudios filosóficos y sociológicos de la tecnología, se ha señalado muchas veces que diseñar un objeto técnico también implica diseñar o prescribir su uso. Sosteniendo que los artefactos técnicos tienen una naturaleza ontológica dual (Kroes, 2001). Referirse al uso es referirse automáticamente al “usuarios”. Johan Redstrom (2021) se pregunta ¿Qué significa usar algo desde el punto de vista del diseño? y plantea que en diseño parece suponer que ya hay usuarios de cosas aún no diseñadas, oscureciendo así la complejidad de lo que realmente sucede cuando alguien comienza a usar una cosa, cuando alguien se convierte en usuario. Desde la arquitectura, podemos decir que cuando ocupamos un espacio, cuando comenzamos a usarlo es cuando se hace manifiesta la arquitectura, y no necesariamente cuando se proyecta. El uso define entonces el sentido del espacio, define la arquitectura, los objeto y las cosas, manteniendo o transformando la función, la forma, el significado, y en consecuencia define la experiencia de uso.

Redstrom (2021), afirma que, en un diseño más abierto, la noción de uso se convierte en apropiación, reconfiguración, personalización y formas de participación amplia de los [humanos] usuarios. Se considera que los artefactos están de algún modo cargados de “valores” o “normas”. Estos valores y normas morales pueden estar explícitamente diseñados en los artefactos, o pueden adquirirse en las prácticas sociales de los humanos. Asimismo, pareciera que lo que realmente sucede durante el uso suele ser más complicado, ya que las personas pueden tener sus propias ideas sobre cómo debería ser el uso de las cosas. Tal como lo ejemplifica Ahmed (2020) cuando se refiere a los usos *queer* “quizás cuando usamos algo de manera que no estaban previstas, estamos permitiendo que esas cualidades de [las cosas] adquieran una expresión más libre”. Asimismo, refiere que un objeto ha sido moldeado por los requisitos del uso. En consecuencia, un entorno también puede moldearse mediante el uso, por cómo se juntan los objetos alrededor. Asegura, que fijarse en el uso nos permite analizar la naturaleza de los espacios, incluyendo los espacios públicos. Por tanto, permite analizar la naturaleza de los espacios comunes recuperados.

Para esta investigación se empleará el término “fenomenología de la utilidad” como aquella que se ocuparía de cómo el uso implica una forma de organizar mundos, así como a nosotros mismos. En este sentido, parte desde la noción que ya estamos “en uso” antes de seleccionar objetos; habitar un mundo es estar habitado por el uso (Ahmed, 2020). Por otro lado, tal como lo plantea Johan Redström (2008), no existe solo una sola concepción del concepto de uso. Las nociones de uso no están necesariamente ligadas a aspectos meramente instrumentales. Más allá de una definición específica, existen nociones de uso como la de interpretación –que se refiere a lo que hacemos cuando el uso adquiere otra función distinta a la que fue prevista–, de anticipación –cuando se trata del uso a través del diseño–, de apropiación –cuando se trata de la definición de uso a través del uso– (Redström, 2008). Asimismo, el uso y la relación con el territorio están entrelazados. Lo anterior se puede observar en las luchas para defender y recrear las variadas formas de existir, para recrear un sentido de socialidad en el entramado comunitario. En América Latina, esto lo podemos

ver en las villas miserias y en los barrios populares, donde las mujeres han creado formas de solidaridad, [cooperación], y capacidades para la reproducción de la vida de formas diferentes como estrategia de supervivencia, pero también han creado lazos y relaciones sociales diferentes (Federici, 2017).

Escobar (2017), sostiene que el diseño a partir de comunidades tiene lugar bajo condiciones de ocupación ontológica de los territorios, y los mundos-vida que de estos surgen. Desde la perspectiva feminista, se abre un espacio conceptual para entender lo planteado por Escobar, a partir de las propuestas de mujeres frente a un control local de los procesos extractivistas, de una política vertical del territorio, así como la visibilización de sus demandas por otro tipo de relaciones entre hombres y mujeres en los procesos de defensa del territorio, el trabajo, movilizaciones, luchas y resistencias, que dan forma a una resistencia y a una visión de mundo desde la relación cuerpo-territorio (Ulloa, 2016). Pudiendo ser definido también, como una forma de ensamblaje, en el sentido que plantea Latour y que bien lo señala Henderson (2009: 284), cuando dice que:

“El mundo es radicalmente heterogéneo y los “colectivos” más-que-humanos (acoplamiento humanos y no humanos como una vaca, un ordenador personal, el parlamento, los sistemas de riego, una red de transporte) que constituyen la colección casi infinita de cosas que llamamos “el mundo”, “Tierra” o “cosmos” cristalizan ensamblajes relacionales constituidos que poseen una duración y extensión espacial altamente variable – a veces muy duradera, a veces con una extensión aparentemente bien delimitada”

Atendiendo a lo antes expuesto, es importante señalar que la articulación comprensiva de la base teórica y práctica de los enfoques regenerativos desde el entorno construido, surgió por separado para el desarrollo regenerativo y el diseño regenerativo a mediados de la década de los noventa, de dos fuentes distintas: el trabajo del Grupo John Tillman Lyle (1994) y Regenes Group (1995). Sus respectivos cuerpos de trabajo reflejan cada uno una convergencia de disciplinas además de la arquitectura, incluyendo: ecología del paisaje, geohidrología, arquitectura del paisaje, permacultura, agricultura regenerativa, teoría general de sistemas y cibernética, teoría y pensamiento de sistemas vivos, y psicología del desarrollo (Mang y Reed, 2017). En este contexto, Lyle define el diseño regenerativo: como el medio para lograr nuevas capacidades sistémicas, donde los sistemas resultantes proporcionan “reemplazo continuo, a través de sus propios procesos funcionales, de la energía y los materiales utilizados en su operación” (1994). La definición de Lyle, cruzada con la noción de que “el diseño es ontológico porque cada objeto, herramienta, servicio o, incluso, narrativa en los que está involucrado, crea formas particulares de ser, saber y hacer” (Escobar, 2017) y, por tanto, hay un tipo particular de relaciones entre los humanos, no humano y los mundos sobrenaturales o espirituales que son esenciales para las ontologías relacionales, emergen como consecuencia, elementos cruciales para mantener un modo relacional de existencia incluyendo tipos de relaciones entre las personas, relación con la Tierra y con el mundo sobrenatural o más-que-humano, formas de producción, conocimientos y prácticas de crianza de plantas y animales, prácticas curativas, etcétera, que no asumen la preexistencia de entidades separadas y distintas. Escobar, plantea que muchos grupos de

jóvenes en espacios urbanos parecieran estar en estas búsquedas a través del arte, la música y las formas de reconectarse con los alimentos, el campo, la espiritualidad, etc.

En la medida en que estas fisuras en el entramado individuo-mercado-ciencia se hagan más palpables, en los momentos más álgidos de las crisis ambiental y social, en esa medida se podrán percibir las formas relacionales; tanto aquellas que siempre han estado allí, como testimonio de la tenacidad de la vida, como aquellas que emergen de las complejas coyunturas ontológico-políticas y económico-tecnológicas del presente [en todo el mundo humano, no-humano y más-que-humano] (Escobar, 2014).

Por otro lado, Swyngedows (2011) señala que existe un amplio consenso en torno a la necesidad de tomar en serio las condiciones ambientales y el deber de articular aparatos tecnológicos-gerentes para evitar que el torbellino urbano se sume en la catástrofe y la degradación socio-ambiental. Al mismo tiempo que existe un consenso hegemónico en torno a la idea de que ninguna alternativa a la hegemonía global-liberal es posible. No obstante, señala que cualquier acto político reordena las coordenadas y modelos socio-ecológicos, reconfigura relaciones socio-ecológicas desiguales, a menudo con consecuencias imprevistas e imprevisibles. En tal sentido, el diseño es siempre político, entendido como la conformación de nuestro mundo vital colectivo-responsable, bajo la cual una sociedad organiza su convivencia (Von Borries, 2019).

Referencias bibliográficas

- Aguilar, R. Navarro, M. (2018). Diálogos entre el feminismo y la ecología desde una perspectiva centrada en la reproducción de la vida. Entrevista a Silvia Federici. Área de Entramados Comunitarios y Formas de lo Político, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vélaz Pliego, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México. Recuperado de: <http://www.ecologiapolitica.info/?p=10267>
- Ahmed, S. (2019) Usar cosas. En Serie General Universitaria (Eds), ¿Para qué Sirve? Sobre los usos del uso (pp 39-146). Ediciones Bellaterra
- Arendt, H (2015) Vita Activa oder Vom Tätigen Leben. Munich: Piper
- Borquez Concha, M. I. (2022). Pensamiento Ecológico. *Revista Ethika+*, 5, 275–279. <https://doi.org/10.5354/2452-6037.2022.66332>
- Brown, T. (2009). Change by Design: How Design Thinking Transforms Organizations and Inspires Innovation (First). HarperBusiness.
- Capra F (1996) The web of life: a new scientific understanding of living systems. Anchor Books, New York
- Cole, R., Oliver, A., Robinson, J (2013). Regenerative design, socio-ecological systems and co-evolution. *Building Research and Information*. 41(2):237-247.
- Laval, C., & Dardot, P. (2015). *Común: Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI* (1st ed.). GEDISA.
- Dardot & Laval (2015). Lo común del “ser en común” y el común del “actuar común”. *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI* (pp 28-61, 311-319). Gedisa editorial. Barcelona. España.

- Esteva, G. (2012). Los quehaceres del día. En: G, Massuh (Ed.). Renunciar al bien común. Extractivismo y (pos)desarrollo en América Latina (pp.237-283). Buenos Aires: Mardulce.
- Escobar, A. (2016). Autonomía y Diseño, la realización de lo comunal. Popayán. Editorial Universidad del Cauca.
- Escobar, A. (2014) Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia. Medellín: UNAULA.
- Félix -Meza, C. R., & Velázquez- Cigarroa, E. (2022). El diseño regenerativo como modelo sustentable para la revitalización del hábitat. *Revista Investigium IRE Ciencias Sociales y Humanas*, 13(1), 30–44. <https://doi.org/10.15658/INVESTIGIUMIRE.221301.03>
- Fuad-Luke, A. (2013). Design Activism (1st ed.). Taylor and Francis. Recuperado de: <https://www.perlego.com/book/1563056/design-activism-beautiful-strangeness-for-a-sustainable-world-pdf>
- Girardet, H (2014) Creating regenerative cities. Routledge, Abington, Oxon
- Gutiérrez, R. (2012). Pistas reflexivas para orientarnos en una turbulenta época de peligro. En: R. Gutiérrez et al. (Eds.), Palabras para tejernos, resistir y transformar en la época que estamos viviendo (pp. 9-34). Oaxaca: Pez en el árbol.
- Haraway, D. (2019). Seguir con el problema: generar parentesco en el Chthuluceno. Bilbao: Consonni.
- Horne, L. (2023). “Un saber sabor sin sujeto” Postfacio de: Azucena Castro (Ed.). Futuros multiespecies. Prácticas vinculantes para un planeta en emergencia. “Un Saber Sabor Sin Sujeto”
- Kroes, P. (2001). Technical Functions as Dispositions. *Techné: Research in Philosophy and Technology*, 5(3), 105–115. <https://doi.org/10.5840/techne2001531>
- Lange-Valdés, C., & Amigo-Ahumada, M. J. (2021). Arquitectura común: aprendiendo de los habitantes y sus prácticas cotidianas. *Arquitecturas Del Sur*, 39(60), 48–61. <https://doi.org/10.22320/07196466.2021.39.060.03>
- Lyle, JT (1994) Regenerative design for sustainable development. Wiley, Hoboken
- Mang, P., Haggard, B. (2016). Desarrollo y diseño regenerativos. Un marco para la sostenibilidad en evolución. Wiley.
- Mang, P., Reed, B. (2017). Regenerative Development and Design. 2nd edition. ResearchGate.
- Mang, P., & Reed, B. (2012). Designing from place: a regenerative framework and methodology. *Building Research & Information*, 40(1), 23–38. <https://doi.org/10.1080/09613218.2012.621341>
- Marín Moreno, L. M. (2017). Christian Laval y Pierre Dardot, Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo xxi, Barcelona, Gedisa, 2015, 672 pp. *Perfiles Latinoamericanos*, 26(51), 409–417. <https://doi.org/10.18504/pl2651-017-2018>
- McDonough, W., Braungart, M. (2002). Cradle to cradle: remaking the way we make things. New York: North Point Press.
- McKinney, L., & Moore, J. W. (2017). [Review of *Capitalism in the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital*]. *Human Ecology Review*, 23(1), 205–210. <https://www.jstor.org/stable/26367971>
- Moore, A. (2020). Diseña / Por qué la belleza es fundamental para todos. Koan Ediciones. Barcelona. España.
- Moore, J. (2016). *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism* (pp. 1–11).

- Raymond J. Cole (2012) Regenerative design and development: current theory and practice, *Building*
- Redström, J. (2008). RE:Definitions of use. *Design Studies*, 29(4), 410–423. <https://doi.org/10.1016/j.destud.2008.05.001>
- Redström, J. (2021). Research through and through design. *Artifact*, 8(1), 16.1-16.19. https://doi.org/10.1386/art_00016_1
- Riquelme Vargas, K. (2022, August 6). *Martín Tironi y los desafíos del diseño para un planeta en transición - Revista Materia*. <https://www.revistamateria.com/entrevista/martin-tironi-y-los-desafios-del-diseno-para-un-planeta-en-transicion/>
- Rittel, H. W. J., & Webber, M. M. (1973). Dilemmas in a general theory of planning. *Policy Sciences*, 4(2), 155–169. <https://doi.org/10.1007/BF01405730>
- Swyngedouw, E. (2011). ¡La Naturaleza no Existe! La Sostenibilidad como Síntoma de una Planificación Despolitizada. *Urban*, NS01, 41-66.
- Stavrides, S (2016). *Common Space: The City as Commons*. Zed Books Ltd, London, UK.
- Stavrides, S. (2022). Recuperando el espacio público como comunes: lecciones desde los movimientos latinoamericanos. *Revista INVI*, 37(106), pp. 24–48. <https://doi.org/10.5354/0718-8358.2022.67215>
- Turkle, Serry (2007), Introduction: The Thing That Matter, en *Evocative Objects: Things We Think With*, ed. Serry Turkle, MIT Press, Cambridge MA pp. 1-10.
- Tironi, M. (2024). *Cómo volvernos terrestres: Diseño para la Habitabilidad Planetaria. Cómo se Diseña Una Revolución. La Vía Chilena al Diseño*. Lark Müller Publishers, Suiza.
- Tironi, M., & Hermansen, P. (2020). Prototipando la coexistencia: Diseños para futuros inter-especie. *ARQ (Santiago)*, 106, 38–47. <https://doi.org/10.4067/S0717-69962020000300038>
- Ulloa, A. (2018). Feminismos territoriales en América Latina: defensas de la vida frente a los extractivismos. *Nómadas*, (45), 123–139. Recuperado a partir de <https://revistas.ucentral.edu.co/index.php/nomadas/article/view/2473>
- Wahl, D.C. (2016). *Designing Regenerative Cultures*. Triarchy Press Ltd; Illustrated edición. Axminster, England.
- Wood, J. (2007). *A Method for Co-Designers: Mapping Ethical Relations in Metadesign*. London: Paper given on the MA Design Futures Programme at Goldsmiths, University of London: 10.

Abstract: Design is ontological because each object, tool, service or even narrative in which it is involved, creates particular ways of being, knowing and doing (Escobar, 2017). In this article we reflect, and put in tension, the need to rethink the human as one among other “companion species” (Haraway, 2007) and the regeneration of life. From the gazes of ecofeminism (Federeci, 2017) and ecoterritorial feminism (Ulloa, 2016), other forms of care and assemblages in the co-production of life are assumed, as also extensively developed by Bruno Latour (1996) in his actor-network theory. Thus, the human does not play a central role, instead ways of reflecting and studying the relationships that occur in the “community network” are proposed (Gutiérrez, 2013). Abandoning the concept of

“Nature” (Morton (2007), Latour (1993; 2005), Swyngedouw (2006) and assuming socio-ecological conditions as relational assemblages configured in a network, which produce and sustain life and daily practices in the territory (Ulloa, 2016; Federici, 2017), implies a “sociality more than human”, which does not distinguish between humans and non-humans (Tsing, 2023).

From regenerative development, human beings, social structures and cultural concerns are considered as an inherent part of ecosystems. Understanding that the diversity and uniqueness of each place (social, cultural and environmental) is crucial for design, and that the design process is continuous, indefinite, participatory [and cooperative] (Girardet, 2014). Thus, regenerative design methodology, which focuses on developing human settlements that partner with systems and processes to actively regenerate the health of the place as a whole and the spirit of the people who inhabit it, is an approach that would allow speculation on models of balanced socio-ecological cohabitation.

Keywords: Regenerative Design - Sustainability - Nature - Multi-species cohabitation - Community network - Notion of Use - Co-Creation practices

Resumo: O design é ontológico porque cada objeto, ferramenta, serviço ou mesmo narrativa em que está envolvido cria formas particulares de ser, conhecer e fazer (Escobar, 2017). Este artigo reflete e coloca em tensão a necessidade de repensar o ser humano como uma entre outras “espécies companheiras” (Haraway, 2007) e a regeneração da vida. A partir das perspectivas do ecofeminismo (Federici, 2017) e do feminismo ecoterritorial (Ulloa, 2016), pressupõem-se outras formas de cuidado e montagens na coprodução da vida, como também desenvolvido extensivamente por Bruno Latour (1996) em sua teoria ator-rede. Assim, o ser humano não desempenha um papel central, mas propõe formas de refletir e estudar as relações que ocorrem na “rede comunitária” (Gutiérrez, 2013). Abandonar o conceito de “Natureza” (Morton (2007), Latour (1993; 2005), Swyngedouw (2006) e assumir as condições socioecológicas como conjuntos relacionais configurados em uma rede, que produzem e sustentam a vida e as práticas cotidianas no território (Ulloa, 2016; Federici, 2017), implica uma “socialidade mais do que humana”, que não distingue entre humanos e não humanos (Tsing, 2023).

O desenvolvimento regenerativo considera os seres humanos, as estruturas sociais e as preocupações culturais como parte inerente dos ecossistemas. Entendendo que a diversidade e a singularidade de cada lugar (social, cultural e ambiental) são cruciais para o design, e que o processo de design é contínuo, aberto, participativo [e cooperativo] (Girardet, 2014). Dessa forma, a metodologia de design regenerativo, que se concentra no desenvolvimento de assentamentos humanos que se associam a sistemas e processos para regenerar ativamente a saúde do lugar como um todo e o espírito das pessoas que o habitam, é uma abordagem que permitiria especular sobre modelos de coabitação socioecológica equilibrada.

Palavras-chave: Design regenerativo - Sustentabilidade - Natureza - Coabitação multiespécie - Rede comunitária - Noção de uso - Práticas de cocriação.